

**LA INTELIGENCIA SENTIENTE**, por XAVIER ZUBIRI,  
ALIANZA Y SOCIEDAD DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES. MADRID, 1980.

**R** Al ponerme a hacer esta nota me salen al paso sin poderlo remediar las muchas palabras, ya dichas, ya escritas, en torno a la publicación de esta obra. Muchas de estas palabras son elogiosas, otras regatean el elogio, otras son francamente insultantes. Pero este salir al paso significa que tengo que atenderlas antes de entrar a decir lo que yo deseo.

La obra de Zubiri ha provocado en una gran parte de la llamada —a veces con dudosa propiedad— “clase intelectual”, la necesidad de rellenar un cásillero que se supone presionando, más o menos conscientemente, a ese público. Dice éste así: “A favor o en contra”, “inteligible o ininteligible”, y si la contestación es afirmativa (cosa que se ha regateado en exceso) se pasa a la valoración diríamos, si se nos permite tan anticuado término, intrínseca del libro en forma más o menos como ésta: “Realismo ingenuo revestido de extraña terminología o salto hacia atrás hacia la escolástica”.

Vuelvo a disculparme por tan extraño comienzo, pero hay que entender un libro no sólo desde el que lo hace, sino desde el que lo recibe. Una gran parte de la clase “intelectual” se ha sometido al casillero y lo ha cumplimentado debidamente. Esto no quiere decir que cualquier receptor lo haga, sino que lo han hecho por lo menos una gran parte de los que se consideran receptores adecuados. Estos receptores, ¿lo han recibido realmente? Si recibir quiere decir leer, tengo que confesar que, en una gran parte de ellos, parece que no. No lo han leído, pero se encuentran obligados a escribir o decir de él. Pero el tomar partido, el confesar que lo leído (?), no se entiende (?), pero aun así está “pasado”, es una forma de evasión, de evitación revestida de apariencia de comprensión. Es lo que significa el vituperio, e incluso algunas formas de ensalzamiento.

Los que creen estar más “a la última” han seguido principalmente dos procedimientos (profusamente repetidos en distintos artículos); uno de ellos, hacer suponer al cándido lector que es lo mismo “yo no entiendo” a “no se entiende”; otro, comparar el libro de Zubiri a otro considerado difícil, pero a fin de cuentas inteligible y sustancioso, o con otro cuya pretensión es la inútil oscuridad ininteligida, por el que escribe. Todos estos modelos han conseguido mostrar que no han leído ni el libro de Zubiri, ni —lo que es más extraño— el libro objeto de la comparación.

Quizá alguien se pregunte, por qué gastar tantas palabras en este tema. Yo creo que no es inútil. Si se sustituye, en gran porción, y en un público que se considera a sí mismo “entendido”, la crítica de un libro (de la complejidad

y originalidad que tiene el que nos ocupa) por esquemas como el que acabamos de diseñar, inmediatamente estamos tocando la vaciedad, el arribismo, la inconsistencia de esta clase social. Quizá se crea que se debe a la politización reinante (Zubiri no hace política en vez de filosofía, y eso irrita), pero yo creo más bien al revés: la politización se ha adueñado fácilmente de quienes representan este papel de intelectual. ¿Importa esto? Sí importa, porque se trata de público que se erige a sí mismo en receptor oficial, por así decirlo. Que influirá con su magisterio (y no, desgraciadamente, sólo sobre este libro), y quien quiera encontrarlo, encontrarse con el libro, con su pensamiento, tendrá que poner proa, destruir, quebrantar esa costra previa de falsificación. Me parece importante esta desconexión entre una obra de verdadera filosofía (no trato aquí de valorar el contenido) y el público al que —al parecer— iba directamente dirigido. Destino previo arduo para este libro: subrayado, no leído; valorado, no pensado. Destino demasiado frecuente entre los españoles.

Antes de entrar yo a presentaros el libro voy a decir algo que quizá sin este preámbulo no hubiera sido necesario: he leído el libro. Dicho esto ya no necesito rellenar estadillos. Quizá alguno diga: “Bueno..., ¿y qué?” (algo recuerda aquí la tan castiza y lapidaria frase de “La verbena de la Paloma”: “Ya estás frente a la casa, y ahora, ¿qué vas a hacer?”). Lo que no voy a hacer es resumir, el libro ya es bastante resumen. No se tome por tal el mostrar la articulación de los distintos temas, lo cual sí voy a hacer después. Ahí está para ser despaciosamente leído, meditado. Ahí está para servir de estimulante a nuestras flojas ideas, de modelo de exigencia a nuestra lengua filosófica. Y ante mí el libro voy a hacerle —eso es lo que voy a hacer— varias preguntas, cuya contestación, mía, desde luego, pero de la mano del libro, espero que sirva como actualización de su presencia entre nosotros.

Se trata de tres interrogantes: 1, ¿cómo se nos presenta a la lectura? 2, ¿de qué trata? 3, ¿con qué pensadores se dialoga en él?

### 1. *¿Cómo se nos presenta la lectura?*

Hay, por lo pronto, un modo de ordenación de los temas que salta a la vista: división en capítulos y apéndices. Casi dos libros en uno. Hay, por un lado, la línea argumental “inteligencia” dividida en capítulos. Hay, por otro, el tratamiento de cuestiones complementarias que se sitúan aparte, para no deshacer la línea argumental, los apéndices. Pero los apéndices constituyen a su vez casi otro libro a la sombra —como apoyado— en el primero, con una unidad peculiar más flexible, menos estricta, pero unidad, tanto que permitiría una posterior lectura independiente. El propósito de esta ordenación es

clarificación de los temas programados, pero también sugerencia de otros que brotan a su hilo, y precisión de temas (así, por ejemplo, la noción de formalización e hiperformalización), muchas veces tocados en los escritos y cursos de Zubiri, pero nunca suficientemente precisados.

El pensamiento reflejado en este libro se presenta, como no podría ser de otro modo, expresado en el peculiar estilo de Zubiri, a la vez conciso y refrenado, pero al mismo tiempo de tanta intensidad y temple. Pero esto no sería decir mucho, precisamente tratándose de un libro determinado. ¿Hay alguna nota peculiar en el libro a este respecto? Este libro es estilísticamente (y aquí el estilo literario es sólo resplandor del mismo pensamiento dicho) distinto —algo distinto— de los otros. La obra más cercana es “Sobre la esencia”, no necesita casi decirse. Pero respecto a ella hay mayor concisión, un modo si cabe aún más ceñido de decir. Es como si se hubiera alejado al máximo del estilo oral. Quizá se deba ello —creo yo— a que es el más pensado como libro, quizá a las muchas manifestaciones y retoques que ha tenido el tema de la inteligencia a lo largo de la docencia zubiriana. Es también un libro equilibrado, que va haciendo entrar al lector en la dificultad cada vez mayor, quizá culminante en los capítulos (enlaces con “Sobre la esencia”) de la realidad, y la realidad en la intelección.

Y para terminar este punto digamos algo del tan controvertido vocabulario zubiriano. El español que emplea tiene otra vez la pretensión de utilizar el lenguaje hablado, inverosímilmente depurado y radicalizado para la expresión filosófica. Se trata de uno de los mayores esfuerzos de pensar filosóficamente en español, haciendo a esta lengua dar de sí todo lo que permite (es él el que se lo hace realizar). Piénsese como ejemplo el análisis del término actualidad (estar de actualidad), como un modo especial de estar presente, sacado del ahondamiento vehiculado por el propio idioma. Para sacar del idioma propio lo que tiene, pero quizá no se advierte, es necesario una especie de oído filosófico, que descubra el latido significativo que sólo se descubre por una leve ondulación de su superficie. Para este descubrimiento es necesaria una cualidad rara siempre, casi imposible hoy, que no sé bien cómo llamar, pero que a lo que más se parecería sería a ingenuidad. Consiste en un despojarse (mejor dicho estarlo) de toda pedantería, de todo falseamiento, sea académico o político, para quedar situado ante la realidad, sin segundas intenciones ni resabios. Supone ello valor y ausencia de servilismo, dos cualidades del verdadero pensador. Las palabras son exigidas por la premura del decir, son discernidas de entre otras ante la avalancha del mismo pensamiento.

¿Y qué es esto así dicho? Pasamos ya al segundo punto.

## 2. *¿De qué se trata?*

Ya he dicho que no voy a resumir. Voy a intentar decir dos cosas: enumerar los temas articuladamente (un poco más que explicitar el título) y señalar algunas de las aportaciones nuevas.

Zubiri ha dicho muchas veces que realidad es la formalidad de la aprehensión de las cosas como “de suyo”, e inteligencia es la aprehensión de la realidad así considerada. Tratar de hacer entender esto es la pretensión de este libro. Entendido esto habríamos entendido todo y también la conexión de la obra con su tan próxima “Sobre la esencia”.

Tanto realidad como inteligencia (aunque con distinto sesgo) remiten a una aprehensión. Pero ¿qué es aprehender? No hay que dar esto por supuesto, como han hecho otros pensadores. Si lo hago corro el riesgo de cargar esta expresión con un sentido inadvertido y viciar el fundamento.

Aprender es un modo de habérselas que tiene como momento central la advertencia de lo aprehendido como otro. La aprehensión es afectante e impositiva. Pues bien, inteligir será un modo peculiar de aprehensión. Su modo de alteridad será sentir la realidad, lo otro como “de suyo” (a diferencia de sentir lo otro como estímulo propio del animal). La aprehensión es impresiva (viene del sentir), pero lo es de realidad (el sentir desemboca necesariamente en el hombre, en la inteligencia), por eso a la impresión de realidad se le puede llamar “inteligencia sentiente”.

El momento de alteridad de la impresión humana es formalidad de realidad, estructurada en los distintos modos de sentir recubiertos unos por otros (tema de especial interés en el que tantas peculiaridades de la realidad se alumbran con muy pocas palabras), y en la trascendencia de cualquiera de estos contenidos propios de cada sentido. Este aspecto modal y trascendental de la inteligencia sentiente, en cuanto constituye un todo unitario, es la misma estructura de la impresión de realidad.

Para ser aún más estricto, Zubiri enfoca el acto de inteligir desde una perspectiva esencial (lo que es inteligir o su esencia formal). Se trata de un acto—el de inteligir—de “estar presente”, y estarlo “como mera actualidad”, actualidad intelectiva de la que conviene subrayar la partícula “mera” de la actualidad.

El estar presente a la inteligencia como mera actualidad es a lo que Zubiri llama “verdad real”. Pero la verdad no es aquí una propiedad de la afirmación de algo, sino la intelección que aprehende la realidad actualizándola. La verdad no añade a la realidad ninguna nota nueva más, sino sólo su mera actualidad. Por eso toda verdad se funda en la realidad, pero no toda realidad es verdadera. Este modo de entender la verdad invalida, al mismo

tiempo que alumbra, muchas de las grandes líneas de la historia del pensamiento acerca de este tema. No podemos entrar aquí en cuáles ni de qué manera. Queda esbozada la importancia del tema. Quede también mencionado como enlace con la obra complementaria "Sobre la esencia".<sup>1</sup> Quede, por último, apuntado la necesidad de edificar sobre este fundamento cuáles sean los modos subsiguientes de inteligir, conceptuales y judicativos, ya prometidos por Zubiri como segunda parte de este libro.

¿Me he traicionado en el propósito inicial? ¿Es esto un resumen? Vuelvo a repetir que no, sólo —podría decir— he subtitulado. Además, he insistido en la articulación de los temas desde el arranque en el estudio de la aprehensión. Para completar lo que anuncié digo ahora unas pocas palabras sobre los temas nuevos o que han sido retocados u ordenados de modo distinto. Quiero advertir, sin embargo, que en cualquier noción de Zubiri hay siempre raíces antiguas, porque todos los temas están interconectados y han sido objeto de meditación repetida. Novedades no quiere decir aquí ocurrencias. Podría señalar a este respecto la teoría del signo, que completa la noción de señal y significado. La enumeración de los sentires en su aspecto modal, que tan nueva visión de la realidad nos proporcionan (este tema ya había sido tocado en los cursos, pero nunca expuesto con tanta nitidez y contundencia). También el aspecto trascendental de la impresión de realidad y su articulación con la anterior. Las nuevas precisiones al concepto de talidad, trascendentalidad (más tocados en "Sobre la esencia" y en los cursos), y el concepto de formalidad e hiperformalidad. Y con esto pasamos a preguntarnos:

### 3. *¿Con quién dialoga Zubiri?*

No voy a contestar con la mención del número de sus citas a los pensadores del pasado. El número de veces de una mención (por ejemplo, decir que cita a Aristóteles más que ningún otro) no aclara tanto como —a veces— enmascara. Estos números exigirían una interpretación de ellos que aquí no puedo hacer. Se trata de aclarar con quién necesita enfrentarse fundamentalmente para poner en claro su pensamiento, o respecto a quién resulta más aclarador el propio pensamiento de Zubiri.

Existe un momento de especial tensión dentro de esta obra enfocada como diálogo con otros pensamientos: el enfrentamiento con Parménides (momento comparable con aquel otro decisivo para la filosofía platónica). Si queremos ayudarnos a entender Parménides, podríamos decir que es él el primero en atisbar —sólo digo eso— la noción de lo real como algo de "suyo", y no un mero signo de respuesta. Este hallazgo entrevisto le va a llevar —a él y a la filosofía entera— por un camino divergente: la entificación

de la realidad. Por eso Zubiri se remontará a este primer hallazgo, y a esta inflexión divergente de la suya. En cierto modo, podrá situarse ahí su punto de partida. Incluso me atrevo a decir que su diálogo con Aristóteles es también un diálogo en que los dos se defienden y apuntalan en contra o a favor del parmenidismo.

Dentro de la filosofía más reciente, Kant (posiblemente otro de los más citados), que tan cerca apunta a la inteligencia desde lo sentiente —aun con terminología muy distinta—, pero cuyo presupuesto de la escisión entre sentir y entender le llevará a objetualizar la realidad, y ser, por tanto, en el resultado final tan alejado de Zubiri.

Más cerca de nosotros, otro de los interlocutores es Husserl, cuya doctrina de la conciencia entorpece la visión más simple y también más contundente de la doctrina zubiriana de la realidad.

Quiero, por último, apuntar un enfrentamiento —no frecuente en la obra de Zubiri— con el pensamiento de Berkeley. Me parece de gran importancia porque clarifica la noción de éste y da pie para mejorar la intelección del propio pensamiento de Zubiri. Al tratar de la actualidad y la presentidad, advierte el gran peligro de confundir estar *presente* con *estar* presente. Lo fundante es la actualidad, lo fundado es la presentidad. El invertir los papeles supone un peligro, que quizá no advertido subyace en muchas filosofías posteriores de inspiración británica, y ahora tan en boga.

No podemos explicar aquí otras muchas citas de gran interés en el doble sentido expuesto aquí. No quiero, sin embargo, terminar este punto del “diálogo” sin aludir a su propio dialogar reflexivo consigo mismo. El libro que más tiene en la mente, con el cual sobre todo conversa, es “Sobre la esencia”. Al comienzo se pregunta por el sentido de su prioridad cronológica. ¿Es una mera casualidad? Podría parecer a una mirada superficial; buceando en el tema —que algo roza con el destino profundo de la vida— se advierte que no. La entrada directa, brusca, quizá algo brusca, es “Sobre la esencia”, la reflexión en esta entrada es “Inteligencia sentiente”. Tiene sentido esta sucesión y creo que es el fundamento de cualquier diálogo consigo mismo, en el aspecto general de una “Filosofía de la realidad”.

Y después de esto tengo que hacer como los malos presentadores de una obra, decir: “Ahí está”. Exige esfuerzo, exige revisar y quizá abandonar modos de pensamiento arraigados; exige vaciarse de amaneramientos y prejuicios (¿es esto posible...?). Exige y exige, pero el resultado es gratificante, como la llegada a una fuente en la canícula.

María Rianza. Madrid, 1981